

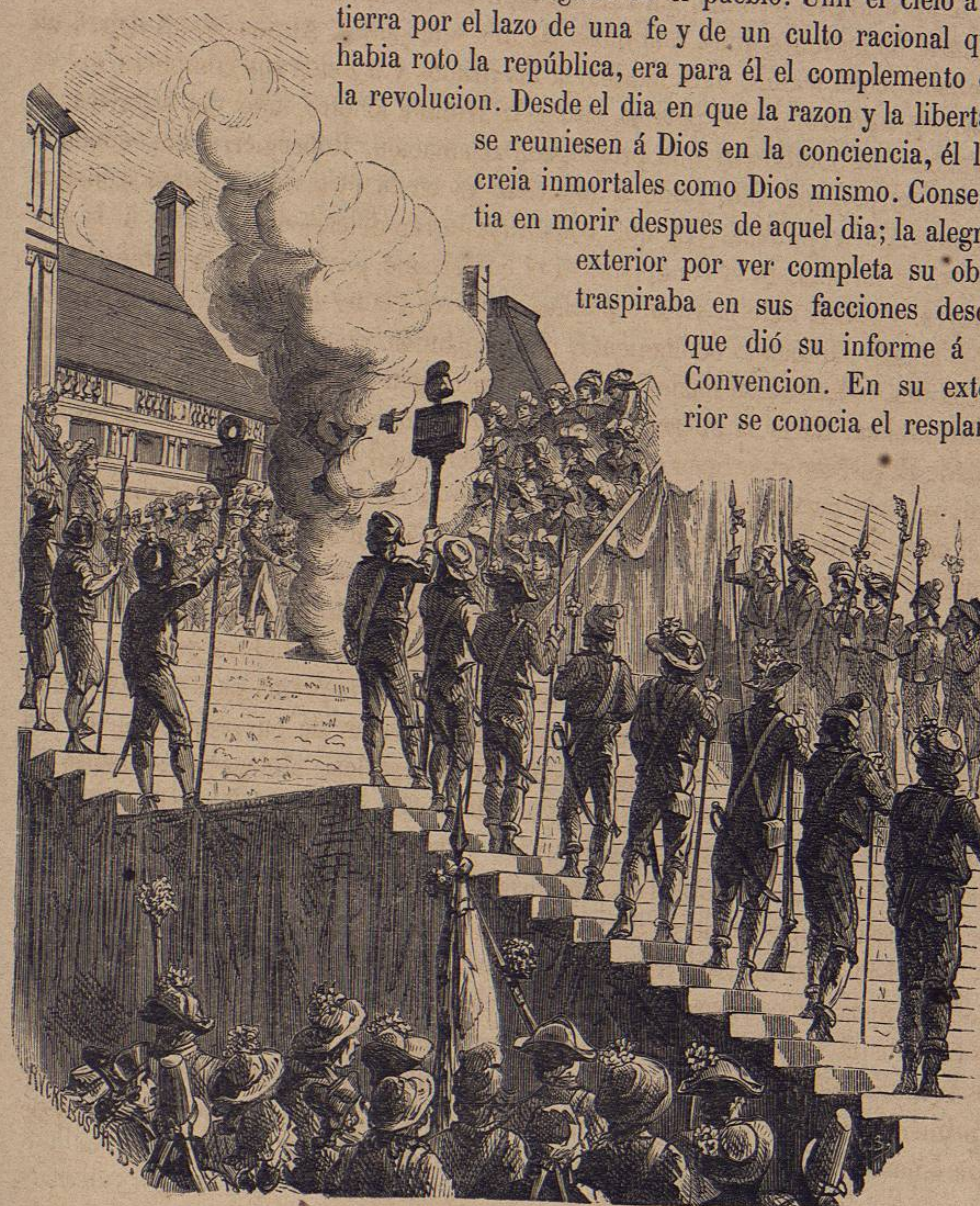
prosiguió.—La ciudad ofrece tantos como el campo de batalla. Nada tenemos que envidiar á nuestros valientes compañeros de armas. ¡Pagamos de mil maneras nuestra deuda con la patria! ¡Oh reyes, no somos nosotros los que nos quejamos del género de guerra que nos haceis! Cuando las potencias de la tierra se ligan para matar á un débil individuo, sin duda no debe obstinarse en vivir. Así es que no ha entrado en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo. No ha sido para vivir por lo que se declara la guerra á todos los tiranos y á todos los vicios. ¿Qué hombre ha defendido impunemente sobre la tierra á la humanidad?... Rodeado de sus asesinos,—continuó Robespierre con voz más solemne,—me he situado en el nuevo órden de cosas adonde me quieren enviar. No aprecio esta vida pasajera sino por amor de la patria y por la sed de justicia, y desprendido más que nunca de toda consideracion personal, me siento mejor dispuesto á atacar con energía á todos los malvados que conspiran contra el género humano. Cuanto más se apresuren á terminar mi carrera aquí abajo, tanto más quiero apresurarme á llenarla de acciones útiles á la dicha de mis semejantes. Al ménos, les dejaré un testamento cuya lectura hará temblar á los tiranos y á todos sus cómplices.»

A este apóstrofe, que parecia situar la tribuna al otro lado del sepulcro, la Convencion respondió por una prolongada aclamacion. Robespierre, abandonando entónces su persona, dió, como si estuviese ya en la otra vida, algunos consejos supremos á la república. «Lo que constituye la república—dijo—no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero; es la sabiduría de las leyes, y sobre todo la virtud pública. ¿Quereis saber cuáles son los ambiciosos?—añadió aludiendo ocultamente, pero dejándolo conocer, á sus enemigos de los comités.—Examinad cuáles son los que protegen á los pícaros y corrompen la moral pública. Hacer la guerra al crimen es el camino del sepulcro y de la inmortalidad. Favorecer el crimen es el camino del trono y del cadalso. (*Aplausos*). Algunos séres perversos han conseguido sumir la república y la razon del pueblo en el caos. Se trata de volver á crear la armonía del mundo moral y del mundo político.» Esta definicion de la revolucion fué acogida en todos los bancos por un asentimiento unánime. «Si Francia se hubiera gobernado durante algunos meses por una legislacion extraviada ó corrompida, la libertad se habria perdido.» Esta insinuacion clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convencion atrajo á Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos. El los despreció. «Diciendo estas cosas,—repuso con orgullosa abnegacion,—aguzo en contra mia puñales, y por esto las digo. ¡He vivido bastante! He visto al pueblo frances lanzarse del seno de la corrupcion y de la servidumbre á la senda de la gloria y de la virtud republicana. He visto sus cadenas rotas, y los tronos culpables que pesan sobre la tierra destruidos ó quebrantados bajo sus triunfantes manos. He visto más: he visto una asamblea, investida de todo el poder de la nacion francesa, marchar con paso rápido y firme hácia la felicidad pública, dar el ejemplo de todo el valor y de todas las virtudes. ¡Acabad, ciudadanos, acabad vuestros sublimes destinos! Vosotros nos habeis situado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad. ¡Merecemos este honor, y os trazaremos con nuestra sangre la senda de la inmortalidad!»

III

Semejantes palabras tal vez no habian resonado en ninguna asamblea deliberante. Era la política elevada á la altura del tipo religioso del filósofo, el heroísmo en la elocuencia y la muerte en el apostolado. La Convencion dispuso que aquel discurso se imprimiese en todas las lenguas, para que preparase á los espíritus á la solemnidad del dia siguiente. El ridículo, que todo lo aja en Francia, se vió obligado á aparentar el entusiasmo ante doctrinas que se atrevian á despreciar la muerte y atestiguar con Dios.

Robespierre esperaba aquel dia con la impaciencia de un hombre que concibe un gran designio, y que teme que la muerte se lo impida ántes de haberlo cumplido. De todas las misiones que creia sentir en él, la más alta y la más santa á sus ojos era la regeneracion del sentimiento religioso en el pueblo. Unir el cielo á la tierra por el lazo de una fe y de un culto racional que habia roto la república, era para él el complemento de la revolucion. Desde el dia en que la razon y la libertad se reuniesen á Dios en la conciencia, él la creia inmortales como Dios mismo. Consentia en morir despues de aquel dia; la alegría exterior por ver completa su obra traspiraba en sus facciones desde que dió su informe á la Convencion. En su exterior se conocia el resplan-



Fiesta del Sér Supremo. Robespierre da fuego al grupo del Ateísmo.—Pág. 420.

dor de sus ideas. Sus huéspedes y sus confidentes se admiraban por la serenidad que manifestaba. Se extasiaba al aspecto de la naturaleza, que se rejuvenecía en la primavera adornándose de flores como para el glorioso himeneo que él quería hacerle contraer con su Autor. Divagaba con sus amigos en las arboledas del jardín de Mousseaux. Su corazón rebosaba de esperanza; hablaba siempre del 8 de Junio, compadeciéndose de las víctimas que no viesan aquel hermoso día. Aspiraba, decía, á cerrar la era de los suplicios por la era de la fraternidad y de la clemencia. Iba con Villate y el pintor David á examinar los preparativos, queriendo que aquella ceremonia hiriese el alma del pueblo por los ojos, y que expresase las imágenes majestuosas y dulces como aquella potencia suprema que no se manifiesta sino por sus beneficios. «¿Por qué—decía el día anterior á Souberbielle—es necesario que haya aún cadalsos en pié sobre la superficie de Francia? ¡Sólo la vida debería aparecer mañana delante del origen de toda vida!» Exigió que se suspendiesen los suplicios el día de la ceremonia.

La Convencion habia nombrado por excepcion presidente á Robespierre, para que el autor del decreto fuese al mismo tiempo el actor principal. Desde el principio del día fué á las Tullerías, para esperar allí la reunion de sus colegas y para dar las últimas órdenes á los que dirigian la pompa religiosa. Vestia por la primera vez de su vida el traje de representante comisionado. Una casaca azul más clara que la de los miembros de la Convencion, un chaleco blanco, calzon de piel de gamo, botas de campana y sombrero redondo con un ramo de plumas tricolores, atraian sobre él las miradas. En la mano llevaba un enorme ramillete de flores y espigas, como primicias del año. En su transporte se habia olvidado hasta de la condicion de la humanidad. La Convencion estaba ya reunida en la sala de las sesiones y la comitiva iba ya á salir, y él aún no habia tomado ningun alimento. Villate, que habitaba en las Tullerías, le ofreció que entrase en su habitacion y que se sentase en su mesa para desayunarse. Robespierre lo aceptó.

El cielo ostentaba una pureza oriental. El sol brillaba en los árboles de las Tullerías y en las bóvedas y paredes de los monumentos de Paris con tanta claridad y tanto esplendor como en los templos del Atica. La luz de la primavera daba la serenidad griega á las teorías de Paris.

Al entrar en casa de Villate, Robespierre arrojó el sombrero y el ramillete á una silla, y se asomó á una ventana, pareciendo extasiado del espectáculo de la muchedumbre innumerable que se apiñaba en los parterres y en las alamedas del jardín para asistir á aquellos misterios, presagio de lo desconocido. Las mujeres, vestidas con sus mejores galas, llevaban á sus hijos de la mano. Los semblantes radiaban de alegría. «Ved—dijo Robespierre—la más tierna parte de la humanidad. El universo está aquí reunido por sus testigos. ¡Qué elocuente y majestuosa es la naturaleza! ¡Una fiesta como ésta debe hacer temblar á los tiranos y á los malvados!»

Comió poco, y no dijo más que estas palabras. Al fin de la comida, y en el momento en que se iba á levantar para ir á situarse á la cabeza de la comitiva, una jóven de la familia de Villate entró acompañada de un niño pequeño. El nombre de Robespierre intimidó desde luego á la jóven. Robespierre acarició al niño, y la madre, tranquila ya, jugueteó alrededor de la mesa y se apoderó del ramillete del presidente de la Convencion. Era más de mediodía, y Robespierre se detenía

involuntariamente ó de intento en casa de Villate. Sus colegas hacía mucho tiempo que estaban reunidos y murmuraban por su tardanza, y parecía que se gozaba en hacerles esperar, señal de inferioridad. Por fin compareció.

IV

Un inmenso anfiteatro, semejante á la gradería de un circo antiguo, estaba á la inmediacion de las Tullerías. Aquel circo descendía de grada en grada hasta el parterre. La Convencion entró á pié llano por las ventanas del pabellon del centro, como los Césares en sus coliseos. En el centro de aquel anfiteatro estaba reservada una tribuna más elevada que las gradas, y casi semejante á un trono, para Robespierre. Enfrente de su asiento, un grupo colosal de figuras emblemáticas, única poesía de aquel tiempo imitador, representaba el Ateísmo, el Egoísmo, la Nada, los Crímenes y los Vicios. Estas figuras, construidas por David con materias combustibles, estaban destinadas á ser incendiadas como víctimas del sacrificio. Todos los diputados, vestidos uniformemente con casacas azules con vueltas rojas y llevando en la mano un ramillete simbólico, tomaron asiento lentamente en las gradas. Robespierre apareció. Su aislamiento, su elevacion, su penacho y su ramillete, más voluminoso que los demas, le daban el aspecto de un señor. El pueblo, que dominaba con su nombre, como su trono dominaba á la Convencion, creía que se iba á proclamar su dictadura. Algunas aclamaciones imperiales le saludaron, y sombrearon las frentes de sus colegas. La multitud esperaba su palabra; los unos esperaban una amnistía, otros la organizacion de un poder fuerte y elemente. Suspendido el tribunal revolucionario, y demolido el cadalso por un día, dejaban vagar las imaginaciones en una consoladora perspectiva. Jamás un pueblo pareció mejor dispuesto á recibir un salvador y leyes humanas.

«Franceses, republicanos,—dijo Robespierre con voz que se esforzaba para hacerse oír del inmenso auditorio,—al fin ha llegado este día para siempre feliz que el pueblo frances le consagra al Sér Supremo. Jamás el mundo que él ha creado ha ofrecido á su Autor un espectáculo tan digno de sus miradas. Ha visto reinar sobre la tierra la tiranía, el crimen y la impostura. El ve en este momento á una nacion entera, en guerra con todos los opresores del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos para elevar su pensamiento y sus votos hácia el gran Sér que le da la mision de emprenderlos y la fuerza para ejecutarlos... El no ha creado á los reyes para que devoren á la especie humana, no ha creado á los sacerdotes para que nos unzan como viles animales al carro de los reyes, ó para dar al mundo el ejemplo de la bajeza, del orgullo, de la perfidia, de la avaricia, de la relajacion y de la mentira; ha creado á los hombres para que se amen mutuamente, y para alcanzar la felicidad por la senda de la virtud. El ha puesto en el seno del opresor triunfante los remordimientos, y en el corazón del inocente oprimido la calma y la altivez. El es quien obligó al hombre justo á odiar al malvado, y el que adorna con el pudor la frente de la hermosura para hacerla más bella. El es el que hace palpitar las entrañas maternas de ternura y de alegría, y el que baña de deliciosas lágrimas los ojos del hijo que abraza el seno de su madre. El es el que acalla las pasiones más imperiosas y más tiernas ante el sublime amor de la patria, y es el que ha cubierto la naturaleza de encantos, de riquezas y de

majestad. Todo lo que es bueno es su obra; el mal pertenece al hombre depravado que oprime y que deja oprimir á sus semejantes. El Autor de la naturaleza ha ligado á los mortales en una inmensa cadena de amor y fraternidad. ¡Perezcan los tiranos que se han atrevido á romperla! Sér de séres, nosotros no tenemos injustas súplicas que dirigirte; tú conoces las criaturas salidas de tus manos, sus necesidades no se ocultan á tus miradas, como sus más secretos pensamientos. El odio de la hipocresía y de la tiranía arde en nuestros corazones con el amor de la justicia y de la patria. Nuestra sangre se vierte por la causa de la humanidad. Hé aquí nuestra súplica, hé aquí nuestros sacrificios, hé aquí el culto que te ofrecemos.»

El pueblo aplaudió más al acto que á las palabras; los coros elevaron con el sonido de millares de instrumentos las siguientes estrofas de Chenier hasta el cielo:

LOS ANCIANOS Y LOS ADOLESCENTES.

Señor poderoso, de un pueblo intrépido
Tú eres quien defiende las murallas.
La victoria, con rápido vuelo,
Ha seguido á nuestros estandartes.
Los Alpes y los Pirineos
Han visto caer el orgullo de los reyes.
Nuestros campos del Norte son el sepulcro
De sus consternadas falanges.
Antes de envainar nuestros triunfantes aceros,
Juremos acabar con el crimen y con los tiranos.

LAS MUJERES.

¡Autor de la fecundidad,
Oye á las vírgenes y á las madres!
Nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos
Combaten por la libertad;
Y si una mano criminal
Cortase tan bellos días,
Sus hijos irán á vengar sobre sus sepulcros
Las cenizas paternas.

CORO.

Antes, etc.

HOMBRES Y MUJERES.

Guerreros, ofreced vuestro valor;
Jóvenes, ofreced flores;
Madres, ancianos, ofreced en homenaje
Vuestros hijos vencedores.
Benedicid en este día de gloria
El hierro consagrado por sus manos.
Sobre este hierro vengador
Ha grabado el Eterno la victoria.

CORO.

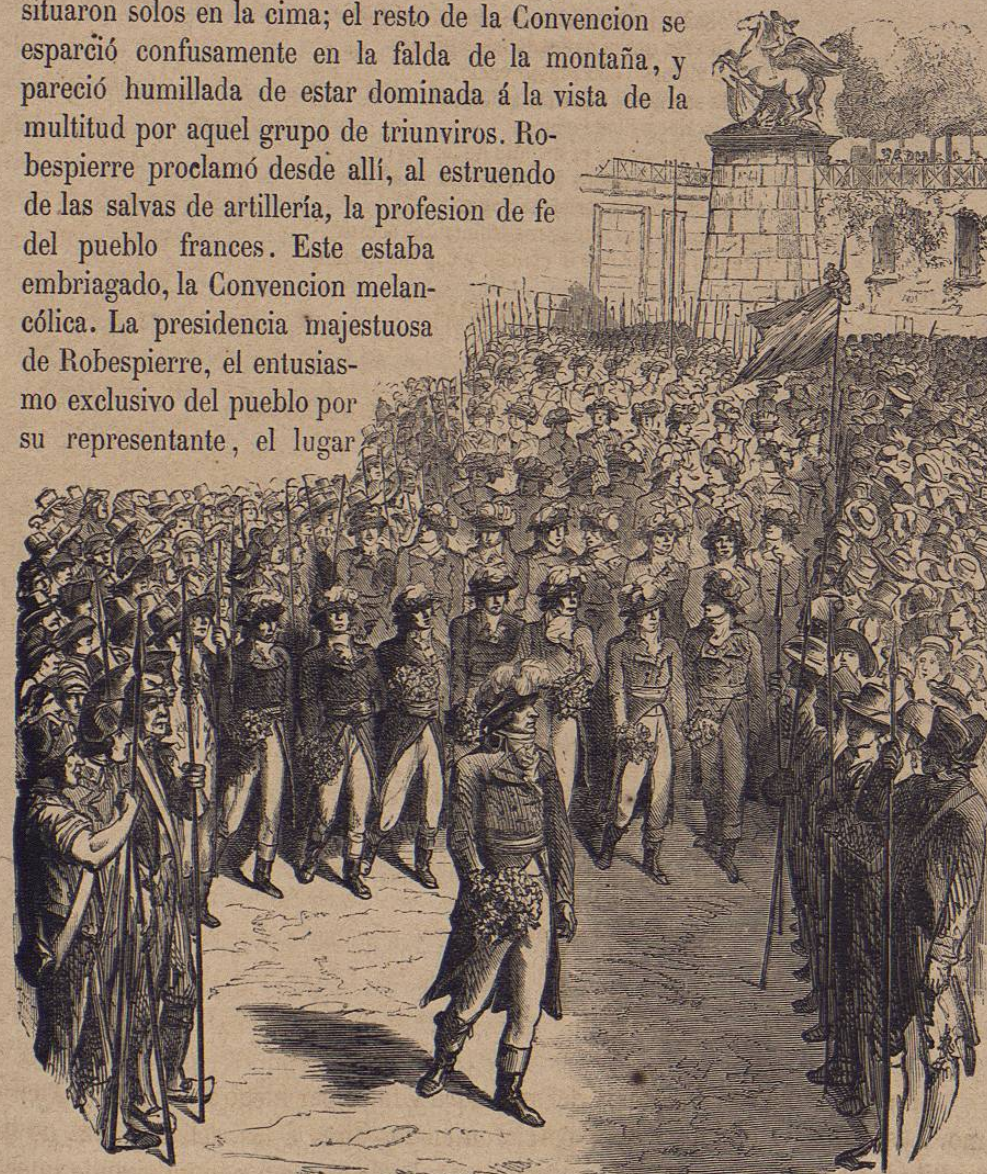
Antes, etc.

En seguida bajó Robespierre del anfiteatro y fué á dar fuego al grupo del Ateísmo. Las llamas y el humo se esparcieron en los aires á las aclamaciones de la multitud. Los miembros de la Convencion, siguiendo á su jefe con un grande intervalo, se dirigieron en dos columnas por medio de las oleadas del pueblo hácia el

Campo de Marte. Entre las dos columnas de la Convencion iban algunos carros rústicos, arados tirados por bueyes, y otros símbolos de la agricultura, de artes y de oficios. Una doble fila de jóvenes vestidas de blanco, enlazadas unas á otras con cintas tricolores, formaba la única guardia de la Convencion. Robespierre iba delante, y se volvía con frecuencia para medir el intervalo que habia entre él y sus colegas, como para acostumbrar al pueblo á separarse de ellos por respeto, como él se separaba por la distancia. Todas las miradas se dirigian á él. Llevaba en la frente el orgullo, y en sus labios la sonrisa del poder.

V

Una montaña simbólica se elevaba en el centro del Campo de Marte, en lugar del antiguo altar de la patria. El acceso era estrecho y dificultoso. Robespierre, Couthon, llevado en una silla, Saint-Just y Lebas se situaron solos en la cima; el resto de la Convencion se esparció confusamente en la falda de la montaña, y pareció humillada de estar dominada á la vista de la multitud por aquel grupo de triunviros. Robespierre proclamó desde allí, al estruendo de las salvas de artillería, la profesion de fe del pueblo frances. Este estaba embriagado, la Convencion melancólica. La presidencia majestuosa de Robespierre, el entusiasmo exclusivo del pueblo por su representante, el lugar



ИЗВЕЩА

Los miembros de la Convencion se trasladan al Campo de Marte.—Pág. 421.

subalterno que el presidente había designado á sus colegas en la montaña, la distancia dictatorial que guardaba en la marcha, el afán de la multitud hácia las ideas religiosas, desde donde aquel pueblo ligero podía naturalmente deleitarse en las supersticiones antiguas; el mismo nombre de Robespierre que se asociaba á la proclamación del Sér Supremo, consagrándose así en el espíritu de la nación por la divinidad del dogma que restituía á la república; en fin, la misma idea de aquella restauración de la inmortalidad que repugnaba á aquellos aficionados á la nada, y por cima de todo, el poderoso ascendiente de un hombre que plantaba su popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nación como pontífice, para apoderarse tal vez al siguiente día como César; todas estas ideas, todos estos deseos, todos estos temores, todas estas ambiciones, murmurados al principio sordamente de oído en oído, concluyeron por una murmuración inmensa y un descontento manifiesto. Miradas amenazadoras, acciones sospechosas, palabras equívocas, máximas de doble sentido, hirieron los ojos y los oídos de Robespierre á su vuelta desde el Campo de Marte á las Tullerías. «Desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso», — le gritaba uno. «Aún hay Brutos», — balbuceaba otro. «¿Ves ese hombre?—decía un tercero.—Ya se cree Dios, y quiere acostumbrar á la república á que adore alguno, para hacerse adorar despues.» «Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo, —añadía otro.—Quiere ser su sacrificador.» «¡También podrá ser su víctima!»

• Aquellas conversaciones en voz baja y aquellos sordos apóstrofes persiguieron á Robespierre hasta la Convención. Fouché, Tallien, Barère, Collot-d'Herbois, Lécointre, Leonard Bourdon, Billaud-Varenes, Vadier y Amar aprovecharon aquella oposición naciente para agitar sus resentimientos y convertirla en sublevación. Lloraban por la tiranía próxima de un hombre que disfrazaba tan poco su insolencia con la Convención, que lisonjeaba las preocupaciones más inveteradas del pueblo, que ponía la revolución de rodillas, y que se situaba entre la nación y Dios para situarse mejor entre la Convención y el pueblo. Sus palabras entraban como dardos envenenados en todas las almas. Robespierre acababa de perder su prestigio y despojarse de su popularidad sobre el mismo altar en donde había restituido el Sér Supremo. Aquel día le engrandeció en el pueblo y le arruinó en la Convención. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de evocar contra sí mismo, y entró pensativo en su morada. Todo el día fué acosado por felicitaciones anónimas. Veían el restaurador de la justicia en el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas debajo de sus ventanas le daban gracias por haber devuelto un alma al pueblo y un Dios á la república. Muchos de aquellos billetes no contenían más que esta palabra: *¡Atrevedos!*

En efecto, aquél era para Robespierre el momento de atreverse. Si á la vuelta de la ceremonia de la mañana hubiese provocado por algunas insinuaciones directas la explosión del amor del pueblo, que no pedía otra cosa sino estallar; si las diputaciones de algunas secciones, arrastrando tras sí la multitud flotante, hubiesen venido á pedir á la Convención el establecimiento de un poder unitario y regulador en la persona de su favorito, la dictadura ó la presidencia se habría votado por aclamación en Robespierre; si él hubiese tenido la audacia de proclamar concluido el poder revolucionario, el poder popular empezado, y abolidos los supli-

cios, habría reinado desde el siguiente día, arrojado sobre sus enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia, y salvado la república, que iba á perder por su indecisión. Nada hizo. Se dejó acariciar por aquellos soplos vagos de favor público, y no asieron sus manos más que viento.

VI

Saint-Just quería más. Viendo que él no podía decidir á Robespierre á que tomase el mando supremo de manos del pueblo, resolvió hacerlo decretar por el comité de salud pública. Saint-Just tenía presente á César haciéndose ofrecer la corona, estaba dispuesto á negar á Antonio si el Circo murmuraba, y pronto á ceñirla si el pueblo aplaudía.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, manifestó en una sesión secreta un cuadro desesperado del estado de la república. «El mal está en su colmo,—dijo el jóven representante;—la anarquía nos despedaza, las leyes con que inundamos á Francia no son sino armas de muerte que aguzamos entre las manos de todas las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos ó en los departamentos es un rey en su provincia; reinan, y nosotros aquí no somos sino vanos simulacros de la unidad. La sangre rebosa, el oro se oculta, las fronteras están descubiertas, la guerra se hace sin método, y nuestras mismas victorias no son más que gloriosas casualidades que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos entre nosotros mismos; cada facción, devorándose, devora á la patria. ¿Podemos dejar así flotar de este modo de mano en mano la república, sin que caiga al fin en horror del pueblo y en desprecio de los reyes? Tantas convulsiones, ¿no deben conducir al desfallecimiento ó á la fuerza? ¿Queremos vivir, ó queremos morir? ¿La república vivirá ó morirá con nosotros! No hay más que un remedio para todos, que es la concentración de un poder incoherente, disperso y destrozado por tantas manos como facciones ó ambiciones hay entre nosotros. Esta es la unidad del gobierno personificado en un hombre. Pero ¿quién será, me direis, ese hombre tan elevado por cima de las debilidades y de las sospechas de la humanidad para que la república se incorpore en él? Lo confieso, el papel es sobrehumano, la misión terrible y el peligro inminente, si nos engañamos en la elección. Es necesario que este hombre tenga el genio de la época en su cabeza, las virtudes de la república en sus costumbres, la inflexibilidad de la patria en su corazón, la pureza de los principios en su vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en su alma; es necesario que haya nacido para la vida pública el mismo día que la revolución, que haya seguido paso á paso todas sus fases, engrandeciéndose siempre en patriotismo y en virtud; es menester que tenga un hábito consumado de los hombres y las cosas que se agitan hace cinco años en la escena; es necesario, en fin, que haya conquistado una popularidad soberana, que haga decretar ántes que nosotros, por la voz pública, la dictadura que nosotros no harémos más que señalar sobre su frente. En el retrato de semejante hombre, ninguno de vosotros dejará de nombrar: ¡Robespierre! Sólo él reúne, por el genio, por las circunstancias y por la virtud, las condiciones que pueden legitimar la absoluta confianza de la Convención y del pueblo. Reconozcamos nuestro remedio en él, sometamos á la necesidad visible de él nuestro amor propio, nuestros deseos y nuestras repug-